

Ciudadanos y algoritmos: 2020-2025

Néstor García Canclini

■ Doi: 10.54871/ca25ac0e14

Introducción

Pocas áreas de la vida contemporánea han mutado tanto, y con ritmo tan veloz, como las plataformas y los modos en los que los ciudadanos nos informamos, nos conocemos y organizamos nuestro día a día. En 2019, cuando escribí el libro *Ciudadanos reemplazados por algoritmos* (García Canclini, 2019), había suficientes evidencias de que el respaldo a la democracia disminuía, crecía la desconfianza hacia los partidos políticos (hasta entenderla como despolitización) y la expectativa por los movimientos sociales no alcanzaba para imaginarlos como recreadores de la vida pública. La mediación entre políticos y ciudadanos seguía operando a través de la videopolítica, centrada en la televisión, pero desplazándose hacia las redes sociodigitales.

Las alarmas suscitadas a raíz de la manipulación de los votantes y de la opinión pública por las televisoras ya eran rebasadas por la injerencia de nuevas corporaciones electrónicas en la vida pública de Estados Unidos, países europeos y latinoamericanos. Se fue haciendo más claro que orientaban el consumo y los desempeños electorales mediante el almacenamiento y la articulación de enormes masas de datos. Pasamos de ser *ciudadanos mediáticos* a *ciudadanos monitoreados* (Trejo, 2022), de la *governabilidad estadística*

–encuestas con fines precisos de *marketing* de un producto, o un candidato– a la *gubernamentalidad algorítmica* (Rouvroy y Berns, 2016), o sea la correlación de miles de millones de datos con independencia de sus aplicaciones y de los sujetos colectivos que los generaban. Se volvía evidente el poder corporativo para deconstruir la privacidad y los ejercicios democráticos de participación ciudadana, como la autogestión “desde abajo” de la información y la política.

Dos procesos de los últimos cinco años exhiben rasgos más definidos del tamaño de las transformaciones. Uno fue la pandemia: cierre de fábricas, oficinas, universidades, cines, teatros y expansión vertiginosa de los Grandes Desconfinadores (Zoom, Google, Meet, Netflix, etc.). Estos reformatearon en semanas las estructuras de información, comunicación y operación de personas, redes, empresas, instituciones. Un ejemplo entre muchos: *Zoom Video Communications* tenía en diciembre de 2019 unos 10 millones de usuarios al día y en el primer trimestre de 2020 subió a 300 millones. Luego de la pandemia, al reabrir los espacios públicos presenciales, la relación entre estos y el teletrabajo, el consumo a distancia y el *streaming*, se fue reequilibrando provisionalmente, pero dejó una tendencia favorable al predominio del trabajo en línea y lo virtual en áreas de la vida cotidiana.

La segunda reconfiguración de las interacciones entre poderes sociopolíticos y modos de participación ciudadana está ocurriendo con la irrupción de ultraderechas masivas, que gobiernan muchos países o se posicionan como primera fuerza. En el libro *Ciudadanos reemplazados por algoritmos* nos ocupamos de los gobiernos de Trump y Bolsonaro. En estos últimos cinco años, se agregan Bukele en El Salvador, Meloni en Italia, Milei en Argentina, y el ascenso de partidos ultras en votaciones de otros países europeos y latinoamericanos. Entre sus cambios en las vías y los estilos de comunicación se halla el mayor desplazamiento de la videopolítica televisiva a las redes sociodigitales, que movilizan multitudes y las agrupan con consignas violentas. Cada vez más se comunican

decretos presidenciales mediante X (antes Twitter). A los periodistas y analistas políticos que buscan analizar críticamente, los atacan y amedrentan milicias digitales, manejadas por poderes fácticos y gobiernos.

Protegidos por lo que nos espía

La pandemia intervino duramente para debilitar la participación pública. Al alejamiento de los ciudadanos de las decisiones de gobierno (imposición del repliegue en las casas, cierre de los espacios participativos), se agregó la desmovilización generada por los miedos. No hubo solo miedos. También solidaridades vecinales, de familiares, amigos y compañeros de trabajo. Pero el autoritarismo, justificado por los peligros, inhibió protestas en curso, como se vio en Chile y China.

Aun después de la larga emergencia, quedó el enigma del origen de la peste. ¿Accidente en la relación entre humanos y animales o conspiración en un laboratorio para afectar al capitalismo o la hegemonía estadounidense? Ni las potencias que investigaron y llegaron a producir vacunas, ni la Organización Mundial de la Salud, ofrecieron respuestas claras a este enigma. El desconocimiento también desalienta la voluntad de incidir en los campos de decisión.

Pero ¿para qué volver a ese tiempo tenebroso? Ya tenemos las vacunas, podemos viajar, hacer nuestras vidas. ¿Nuestras?

En la duda, aparece la oportunidad de problematizar el despreocupado retorno a una normalidad que durante la pandemia se había vuelto sospechosa. ¿En qué quedó la advertencia de que debíamos revisar nuestra relación con los animales, incluso con la naturaleza en sentido amplio? Se acentuó y extendió el énfasis en los cuidados entre los humanos para protegernos, en parte gracias a impulsos y reflexiones feministas. Comienzan a operar políticas de cuidado que unos pocos partidos políticos y gobiernos incorporan

a sus programas. Subsiste, sin embargo, un desfase entre las expectativas de reorientar costumbres y cuidados activadas durante la pandemia, la sensación de haber vuelto a la “normalidad” (neoliberal) y aun el agravamiento del descuido ecológico y la indiferencia ante las injusticias patente en la adhesión de vastos sectores a las fuerzas de ultraderecha.

A su vez, la postpandemia trajo nuevas guerras: Rusia vs. Ucrania, Israel vs. palestinos y árabes. La desglobalización agresiva desde que comenzó el siglo XXI (Brexit, separatismos de regiones) se enerva y multiplica en los nacionalismos de países europeos y en ataques de Trump y otros presidentes a los organismos internacionales. Los discursos guerreros hacia adentro y hacia fuera de las naciones están sustituyendo el ímpetu globalizador, integrador, de fines del siglo pasado.

Algunos gobernantes se retiran de los pactos ecológicos que habían acordado para reducir la destrucción humana del planeta. Otros los firman sin emprender políticas de inversión, regulaciones legislativas y reorientar la producción como demandan peligros inminentes.

Faltan en estos procesos de regresión autoritaria explicaciones políticas y sanitarias que construyan un sentido común, que justifiquen y alienten acciones ciudadanas. En cambio, se expande la desinformación y los propios partidos políticos encargan las manipulaciones mediáticas y electrónicas. No es fácil demostrar cómo se asocian el matonismo bélico y el atropellamiento al medio ambiente con el matonismo de las plataformas. Encuentro claves en declaraciones de antiguos cómplices de las corporaciones (ex CEOs y expertos de plataformas) y en algunos novelistas dispuestos a probar modos no convencionales de narrar.

Geert Lovink, director del Instituto de Culturas en Red, de Ámsterdam, desconfía de que las redes dejen posibilidades de elegir, o incluso ver, lo que excluyen las plataformas. Cinco mil millones de personas estamos sometidos a la lógica selectiva de informarse impuesta por algoritmos, “Incluso en Rusia, China e Irán”, dice

Lovink. Aunque sería viable un internet global, ningún gobierno actúa para que se logre. Él rechaza, debido a la individuación de las relaciones con las plataformas, que éstas nos hagan interactuar conscientemente con más sociedades y mejoren el conocimiento de los otros y de los cercanos: “Muchos ni siquiera tienen acceso a lo que les gusta a sus familiares y amigos” (Ferrer, 2023).

La suspensión de lo que aprendimos en la pandemia y el olvido del confinamiento nos hacen preguntar quién y cómo estará solo o acompañado ahora, en tiempos de Google. Teju Cole, el escritor nigeriano-neoyorquino, observó que ese proveedor de servicios almacena bibliotecas, mapas, fotos, instantes. “Y además termina tus fra...” Le dijo a un experto de una empresa: “Me da miedo Google”. Asimismo, añadió:

A mí no –le respondió–. Google tiene un comité que estudia los problemas de privacidad antes de lanzar ningún producto. A mí lo que me da miedo es Facebook, lo que puede hacer Facebook con lo que ha encontrado Google. Estamos en una nueva era de matonismo cibernético, dice Cole. Coincidí con él en lo de Facebook, agrega, pero Google continuó inquietándome. El comité de privacidad de Google había dado el visto bueno a todo tipo de textos predictivos, a la extracción de datos y a la recopilación de información sobre las ubicaciones. Tenía relaciones conciliadoras con malos gobiernos en nuestro país y en el extranjero, gobiernos que pedían información almacenada, o exigían la cabeza de disidentes (Cole, 2018, pp. 191-192).

Las presunciones del novelista Cole se volvieron evidencias. En 2018, luego de comprobarse intervenciones de Cambridge Analytica y Facebook para distorsionar elecciones, Marc Zuckerberg debió presentarse ante legisladores del Parlamento británico y del Congreso estadounidense, donde se comprometió a limpiar su plataforma de informaciones falsas.

En diciembre de 2024, Trump, ya electo presidente de EU, anuncia la designación de Brendan Carr, enemigo de toda regulación que garantice neutralidad en las redes, al frente de la Comisión

Federal de Comunicaciones, y crea en su gabinete un Departamento de Eficiencia Gubernamental, cuyo dirigente será Elon Musk, dueño y director de X, quizá la mayor inventora de versiones falsas en campañas electorales.

En los primeros días de enero de 2025, Meta –empresa matriz de Facebook, Instagram, WhatsApp y Threads– anunció el fin de su política de verificación de contenidos en sus redes a través de expertos independientes. Los mensajes manipulados o falsos quedan solo disponibles para que la “comunidad” de usuarios los contesten o refuten. ¿Se acomoda Zuckerberg a presiones de Trump, no quiere quedarse atrás en la competencia con Elon Musk y su X, propagadores de información descontrolada? Es más grave lo que sucederá con Meta porque es usada por unos 3.000 millones de personas en el mundo, más de diez veces que los 250 millones de X. Sabemos que el cuidado se ejercía hasta ahora especialmente en temas de migrantes, ataques de género y a derechos humanos. Un giro inquietante en una empresa que, después del asalto al Capitolio el 6 de enero de 2021, suprimió las cuentas de Trump en Facebook e Instagram por incitar al odio y la violencia, y se reconoció culpable ante el Congreso de Estados Unidos por cómo las redes afectaban la salud mental de los jóvenes.

Como si no hubiera semáforos

Tuvimos miedo al virus, pero somos incapaces de sentirlo ante el espionaje electrónico. Allí vamos: a las cámaras en las calles, a las citas programadas en redes, ponemos en sus bancos de datos nuestras claves personales, nuestras rutas, la ira, las quejas, las alegrías, nuestros afectos. Los sensores y las cámaras, las exigencias de información conectadas a algoritmos, crecieron durante los contagios. Y luego se quedaron. Seguimos cruzando en las esquinas mientras miramos, en vez de los autos y las motos que acechan, lo que nos piden las pantallas de celulares.

Sabemos que quienes calculan lo íntimo de millones, no como *personas* sino como *perfiles*, usarán esos conocimientos para encauzarnos como consumidores y ciudadanos. Lo que llamábamos espacio público, donde debería ejercerse la ciudadanía, ha sido succionado en nubes opacas, lejanas.

Frente a la videopolítica que distanció a las cúpulas políticas de los ciudadanos, las tecnologías digitales prometían horizontalidad. Quisimos creer en la primera década del siglo XXI que, si las instituciones ya no nos representaban, las redes volvían a hacernos escuchar y ofrecían formas alternativas de organizarnos.

Ahora, vemos que la propiedad de los medios electrónicos por muy pocas corporaciones nos hizo pasar de la sociedad civil a la sociedad de vigilancia. Pasamos de creer que las redes nos empoderaban a descubrir, desde antes de la pandemia, que vivimos un forcejeo entre el aumento de información y una reducción en la capacidad de decidir.

La desposesión que nos infligen y los riesgos vienen mezclados con las contribuciones positivas de las plataformas: amplían segregadamente el horizonte de información, a veces de debate, y, a través de las redes, algunos circuitos de participación. Aligeran trámites y multiplican satisfacciones. Enriquecen el saber científico con datos y su procesamiento a escalas antes impensables o inmanejables, al mismo tiempo que estimulan sin control la circulación de noticias y saberes falsos.

Durante la pandemia, varios estudios exhibieron esta ambivalencia. Una situación de densa incertidumbre incitó a miles de científicos y laboratorios de distintos continentes a compartir los resultados, las investigaciones que hicieron posibles las vacunas y testearlas colaborativamente. En estos intercambios, los estudios sobre percepción y consumo de la información que recibimos sobre el COVID-19 mostraron que las redes digitales hacían proliferar con idéntica agilidad campañas contra las vacunas, descalificaban medidas sanitarias gubernamentales y esparcían creencias sin fundamento.

Las plataformas y las redes ostentaron su poder para desgarrarnos entre la comprensión de los dramas, la comunicación a distancia y las amenazas. Hicieron convivir la racionalidad de la investigación y la autodestrucción de creencias torpes. Una parte del propio personal sanitario –constataron estudios en Brasil, España y Perú, entre otros– difundió noticias falsas en redes sociales, trabajó desautorizando las políticas preventivas de los gobiernos y las evidencias reunidas por organismos mundiales. Se acrecentó durante la pandemia la avidez por información y se dirigió a medios no tradicionales (TikTok, Zoom, Facebook, WhatsApp e Instagram). Una encuesta aplicada en Lima a profesionales de la salud mostró que 90% de ellos, durante la pandemia, recibieron noticias falsas y bulos a través de las redes sociales, 53,7% de WhatsApp y 40,7% de Facebook. Se volvió imperativo en estudios comunicacionales y de políticas públicas averiguar cómo “puede llegarse a la desinformación desde la búsqueda de información” (Rueda y Herrera, 2020, p. 44).

Otro estudio da una explicación:

El personal sanitario ha consumido información falsa porque, al igual que otros profesionales y ciudadanos, se encuentran expuestos a la recepción de dichos contenidos, y han tenido dificultades para verificarlos por cuenta propia en el momento de su propagación, debido a un insuficiente nivel de competencias en alfabetización informacional y mediática (Palomino Gonzales, et al., 2020, p. 103).

Casi en cualquier área de la comunicación y la formación del sentido común (de los ciudadanos, de los políticos, del personal especializado) hallamos estas oscilaciones entre la información y la desinformación. No es un hecho menor que los profesionales de un campo, los más capacitados para legitimar los saberes y deslindarlos de sus opuestos, contribuyan a confundirlos.

La lógica cultural del capitalismo financiero

Dado que las ultraderechas masivas están situando en el núcleo de sus políticas las plataformas digitales y la batalla cultural, conviene analizar cómo reorganizan en ambas zonas las interacciones con los ciudadanos. Elijo al sector musical, el área de la cultura donde primero se manifiestan estos cambios desde la industrialización de las comunicaciones.

En las plataformas musicales, las contradicciones se exasperan. *Streaming* es la palabra que las sintetiza. En 2023, hubo cuatro billones de transmisiones en directo, mucho más que las ventas de descargas digitales o grabaciones físicas, 34% superior al año anterior. Desde 2008, cuando emerge Spotify, las cuestiones inquietantes dejaron de ser las que acompañaron la anterior revolución digital, o sea la piratería y la asociación del futuro de los músicos con el destino de capital de riesgo que intervenía en el financiamiento de las discográficas. ¿Hacia dónde nos movimos?

Fuimos pasando de las computadoras personales a los celulares, de las empresas de servicios en línea –Amazon, Apple, Facebook, Google– a convenios de Spotify con Facebook, por ejemplo, para conocer los gustos musicales de los usuarios. Así se facilita el *stream*, algo que sale a chorros, fluye y se deja correr: la música se derrama a toda hora y en todo lugar, en la radio, en los elevadores, en los centros comerciales, durante las comidas. En una entrevista a David Bowie en *The New York Times*, el 9 de junio de 2002, el músico pronosticaba que “la música será como el agua corriente o la electricidad” y el acceso a ella, dijeron Gerd Leonhard y David Kusek en *The Future of Music*, como una “especie de ‘servicio público’. No de forma gratuita, pero sí con la sensación de que lo es”. A pesar de la importancia económica del agua y el influente papel comercial de las empresas proveedoras, agrega Abel Gilbert, de quien tomo la cita, sentimos que pagamos voluntariamente, sin darnos cuenta. Es como si nos ducháramos en el gimnasio o nos laváramos las manos

en un baño público. La música digitalizada nos llega liberada del plástico, no es como cuando comprábamos un disco (Gilbert, 2024).

Sin embargo, Spotify forma parte del complejo de plataformas corporativas, todo allí está monetizado, desde las canciones, óperas, conciertos, hasta los datos y la atención de los usuarios. Ya no estamos en el *peer to peer* (vínculo cooperativo, a menudo entre iguales) sino en el *peer pressure* (presión de los pares). Las plataformas hablan de servicio, pero en realidad el melómano queda apesadumado en una disputa por apropiaciones de músicos y de usuarios, donde estos son subsumidos en una lucha por la monopolización: como en otros negocios asentados en internet, al fin uno solo queda en pie. “No hay dos Facebook ni dos Amazon”, escribe D. Byrne (s.f., citado en Gilbert, 2024).

En las actuales disputas entre plataformas ¿se extinguen los usuarios en tanto personas, subsisten apenas como perfiles? ¿Queda algo de la esperanza de los expertos en opinión pública, consumo y ciudadanía de que un mejor conocimiento de los hábitos de los consumidores y los ciudadanos facilitaría políticas socioeconómicas y culturales más participativas?

Cuando leemos los debates de los sociólogos políticos sobre el avance de las ultraderechas, lo que habría que hacer para salvar las democracias, y, en paralelo, los estudios sobre el omnivorismo de las plataformas, asombra que la discusión acerca de las ultraderechas pocas veces se enlace con la lógica sociocultural del capitalismo financiero y sus modos radicalmente antidemocráticos de formatear la comunicación.

No podemos decir que no haya diferencias entre gobiernos de derecha y de izquierda. Pero en la época en que también los partidos que se llaman progresistas usan bots y contratan a las mismas empresas de ficcionalización de la “opinión pública” y las preferencias de consumo que las corporaciones, es inconsistente plantear los dilemas de las democracias como si se tratara centralmente de cuestiones de principios y pugnas interpartidarias. Esta reestructuración de la lógica comunicacional de la política la aleja de ser

una escena deliberativa sobre programas y políticas públicas. Así como en la industria musical, en la publicitaria y en la televisiva, la “participación” ciudadana es el lugar donde cada clic es capturado por las centrales algorítmicas y monetizado al vender la articulación de esos datos a los partidos, las agencias de publicidad y otras corporaciones. Lo que aún se llama *opiniones*, se convierte en *datos de comportamiento*, lo que designábamos *esfera pública* es una parte del *mercado de mensajes* donde se nutrirán quienes escriben las consignas políticas y los anuncios de productos comerciales. Estos son los procedimientos que vacían la política.

Opinar, discutir, marchar en las calles, ocupar una fábrica o una oficina gubernamental son actos que pueden producir efectos *puntuales* en zona de la vida social y política. Pero si las pretensiones de cambiar el conjunto del sistema se han vuelto impracticables es porque los Totalizadores de datos se están volviendo los únicos capaces de ensamblar comportamientos diversos, incluso las múltiples manifestaciones de protesta. ¿A quiénes benefician? A los que administran las compras presenciales y virtuales, los viajes orientados por Waze, los reconocimientos faciales, las canciones escuchadas en Spotify, las definiciones pedidas a Google: los “servicios” que son, a la vez, mercancías y dispositivos de vigilancia.

A qué llamamos hoy batalla cultural

Vivimos una era no apocalíptica, sino contradictoria. Las esperanzas políticas y culturales residen en ser perspicaces ante sus paradojas e intersticios. Sin distraernos de las transformaciones macro, sin creer que las alegrías frágiles de ser independientes, autónomos, nos liberan de las grandes dependencias, hasta que descubrimos a los pocos años, que editoriales que nacieron como alternativas fueron compradas por un gigante enemigo de esos valores. La lección de los últimos tiempos es que debemos vivir en la suspicacia respecto de la superabundancia de conexiones a la información, de los

satisfactores que son al mismo tiempo operaciones de sumisión, y exigir a los poderes públicos que regulen con firmeza las escenas y los circuitos donde nos informamos y entretenemos.

Es fácil citar movimientos indígenas, afros, feministas, de vecinos, de jóvenes que obtienen resultados positivos al usar los recursos digitales. Reconozcamos, asimismo, a medios que verifiquen su información (*The Guardian*, *The New York Times*, *Le Monde*, *El País*), asociaciones independientes (*Animal Político*, Artículo 19), entre otros. También sería fácil –e interminable– enumerar las desilusiones de votantes, los movimientos de apoyo mutuo, que solo pudieron sostenerse pocos años, los servidores de internet, comunicadores alternativos y editoriales o productoras musicales independientes comprados por grupos transnacionales. En años recientes, notoriamente desde la pandemia, Warner se hizo con el catálogo de David Bowie, Universal con el de Sting y Bob Dylan, Sony con el de Bruce Springsteen: estas compras oscilan entre los 250 y 550 millones de dólares. Con cifras menores, adquirieron miles de repertorios de cantantes femeninas, latinos y afros.

De nuevo, no creo que deban leerse estos datos como incitaciones al fatalismo. Por supuesto, hay quienes atribuyen a la masificación mundial de estas ofertas corporativizadas (world music, literatura internacional, etc.) el adelgazamiento de la complejidad sonora, la ecualización de músicas étnicas, el mayor peso de los estribillos, de novelas de autoayuda (Bauman, de Carvalho, Gilbert, Jameson, Morley, y permitan sumarme autocriticamente). Hoy prefiero detenerme en la tensión ambigua entre la fascinación por la hiperabundancia y el despojo de datos.

La pregunta que sigue es qué tipo de experiencias contradictorias y paradójicas suscita esta reconfiguración económica y socio-cultural. Como ciudadano turbado por la degradación de la política, me pregunto si será productivo dar prioridad a los nuevos vínculos entre economía, sociedad y cultura, y las experiencias de superabundancia, despojo y sumisión, para *luego* explorar la descomposición de lo político instruidos por esas experiencias ambivalentes.

Si observamos las experiencias de los trabajadores-ciudadanos, los consumidores-usuarios, y especialmente cómo las nuevas generaciones se ubican en esta oscilación entre opulencia de servicios y sumisión, quizá arribemos a un enfoque no fatalista, liberado del binarismo apocalípticos-integrados. Pese a la precarización de los trabajos y la caída de la atracción de los partidos, existen iniciativas y movimientos jóvenes que utilizan razonadamente los recursos digitales y ahora la inteligencia artificial. Algunos cuestionan la modelación mercantil de la vida social y los accesos culturales, otros también se agrupan para enfrentar la destrucción ecológica. Llegan incluso a cuestionar las emisiones de gases con efecto invernadero generados por los celulares y la industria musical, por las granjas de servidores y las instalaciones nucleares (Miller, 2021).

No me extendo en este giro de la mirada hacia lo que en un capítulo del libro *Ciudadanos reemplazados por algoritmos* llamé *movimientos sorpresa*, recogiendo estudios sobre los cambios en la condición juvenil, sus precariedades y desigualdad agravadas, las correlaciones con la delincuencia y el aumento de la tasa de homicidios en las nuevas generaciones, las expectativas políticas de quienes ya no pueden hacer carreras y viven por proyectos. Traté de comprender cómo se entrelazan la declinación de las instituciones, la viralización de las protestas y aún el hackeo como militancia. Llamé movimientos sorpresa al YoSoy132, surgido entre estudiantes de una universidad privada en México y extendido luego a más de noventa, a las revueltas de la Primavera árabe, al *Occupy Wall Street* y al *Nuit Debout* francés, porque brotaron en zonas no tradicionales de malestar y cesaron formas de comunicación no convencionales. Emplearon redes sociales para convocar, justificar y dar resonancia internacional a sus demandas, pero su corta duración mostró que quedaban más en la fugacidad del acontecimiento digital que en la permanencia estructural de las instituciones. Autores de varios países han seguido afinando la valoración crítica de esos movimientos (Wendy Brown, Jorge Carrión, Marta Lamas, Gustavo Lins Ribeiro, Nancy Fraser, Rossana Reguillo).

Demos un paso más. Las investigaciones recientes, al revelar modos inéditos en que se combinan en los usos tecnológicos diversiones, acceso a conocimientos, formas renovadas de aislamiento o socialización, y movimientos políticos exigen a las teorías críticas revisar sus instrumentos para recoger los datos y los conceptos para organizarlos. ¿Serán acaso las plataformas las nuevas instituciones?

¿Qué ha cambiado entre 2020 y 2025 en la configuración de las plataformas y de los desempeños ciudadanos, en las interacciones entre ambos y en la mediación de los poderes públicos? Durante la pandemia, y después, como dijimos, se agigantaron las comunicaciones virtuales y las corporaciones que administran esos circuitos. En tanto, la subordinación de los ciudadanos-usuarios fue amarrada con más ofertas, dispositivos proliferantes y más sofisticados. Las resistencias son ahora más heterogéneas y dispersas, salvo pequeñas acciones del Parlamento europeo que amplían la regulación de la privacidad anunciada en abril de 2018 mediante el Reglamento General de Protección de Datos y ocasionales controles de plataformas digitales que prestan servicios (Rappi, Uber, Airbnb) en varios países europeos y latinoamericanos. Estos avances comienzan a proteger algunos derechos de los trabajadores de plataformas digitales (tiempo y condiciones laborales, acceso a seguridad social y apoyo en accidentes de trabajo) y en pocos casos de los usuarios. También evidencian descontento de posibles beneficiarios, notoriamente entre jóvenes que, según revelan estudios en Argentina, se han acomodado a la economía informal y confían en usos “emprendedores” del tiempo y la “autoproducción de un ‘yo’ como una unidad económica altamente eficiente” (Ferro, Semán y Welschinger, 2024, p. 82). Se ha encontrado que este “neoliberalismo desde abajo” (Gago, 2014) se alinea con una desvalorización de la justicia social y del papel del Estado, con su desmantelamiento, y por ello de ese sector de emprendedores jóvenes surgen muchos votos a Javier Milei. Que Milei, Trump y otros líderes de las derechas extremen el desguace de las instituciones públicas y asignen a las

plataformas y corporaciones un papel central (Elon Musk, incorporado al gabinete de Trump) consolida el debilitamiento del Estado y la cesión de lo público a la iniciativa privada y a los poderes electrónicos.

Existe, como en países centrales, claramente en las adhesiones a Trump y Bolsonaro, una convergencia entre líderes de ultraderecha y zonas de las nuevas generaciones deseosas de participar en redes alternativas a los espacios y recursos clásicos de la política y el ascenso social. En investigaciones recientes, la expansión de los dispositivos digitales, la “smartphonización de la vida social”, como la nombra Natalia Radetich (2022b) o el “capitalismo”, dice la misma autora en su estudio sobre Uber (Radetich, 2022a), demuestran que la subsunción efectuada por estos aparatos a “los imperativos de la acumulación del capital” (Radetich, 2022b) moldea nuestra subjetividad y las relaciones cotidianas. De ahí que la “batalla cultural”, situada por la ultraderecha en el núcleo de su disputa por la economía y la política, aparezca también para quienes resisten como prioridad estratégica.

Los datos de este análisis conducen a la importancia de *transformar las redes en instituciones sociales*, como promueven varios críticos del carácter solo instrumental de las tecnologías avanzadas. Por eso, dedican atención decisiva a la recomposición de lo común, de prácticas e imaginarios colectivos.

En los tiempos de Berlusconi y Reagan la reconfiguración de lo común junto a la neoliberalización de la economía y la política se logró mediante una alianza entre Wall Street y Hollywood en Estados Unidos y su zona anglosajona y latinoamericana de influencia, en Francia gracias a las inversiones en la prensa y las editoriales, de vendedores de armas y aviones militares. En Gran Bretaña los acuerdos fueron entre voraces grupos editoriales (Harper Collins, Hodder Headline), distribuidores de prensa como W. H. Smith y el imperio Murdock asociado primero con Margaret Thatcher, luego con Tony Blair, Berlusconi y Bertelsmann. Resumo aquí un proceso complejo y apasionante narrado en detalle por André Schiffrin,

director de Pantheon Books, una de las editoriales más prestigiosas de Estados Unidos, que no pudo evitar ser comprada en esta alianza de fabricantes de armas –Lagardère/Matra, Darsault– políticos, diarios, cadenas de radio y televisión. Lo narra en su libro *El control de la palabra* (2025).

Ahora la batalla cultural no se libra, como en aquellos tiempos de la guerra en Irak, asociando solo empresas armamentistas, políticos, editores de diarios y dueños de televisoras. Estamos en la época de alianzas entre Wall Street, Washington, Silicon Valley... y fabricantes de armas. A los políticos les importa tener relaciones fluidas con Fox o CNN, con Televisa en México o Globo en Brasil, pero Trump incorpora a su gabinete de 2025 al dueño de X y disciplina al de Meta. Internet es la escena para hablar de las guerras, del trabajo y los juegos, para reunir datos y encubrir los de la economía y el calentamiento global.

También las guerras, los desplazamientos y las migraciones son hoy vida diaria para muchos millones. Musk se interesa en las redes sociales porque puede modificar la percepción y los hábitos de consumo sobre los coches eléctricos producidos por su empresa Tesla, sobre Space X, responsable de tres cuartas partes de los objetos lanzados al espacio en 2024. “Por último –dice Ekaitz Cancela–, ha desplegado su red Starlink en la puerta trasera de China, permitiendo a Ucrania conectar sus drones así como las redes de telecomunicación que sirven al Ejército para operar. En los últimos años, el billonario ha conseguido emerger como uno de los proveedores principales de servicios tecnológicos de las administraciones del gobierno federal estadounidense” (Cancela, 2025).

Estas empresas, más poderosas que la mayoría de los gobiernos, y lo que queda de movimientos sociales internacionales, importan no solo para tecnólogos y millonarios. Las corporaciones involucradas en el diseño del futuro inmediato contratan a sociólogos, antropólogos, psicólogos, diseñadores, economistas y expertos en seguridad, es decir, a quienes nos formamos en instituciones –muchas públicas–, trabajamos en ellas y valoramos que no sean redes

opacas y autoritarias sino instituciones más o menos democráticas. De ahí que nos preguntemos por qué nuevas prácticas sociales, con los hábitos y formas de comunicarnos propiciadas por la smartphonización, no pueden ser también espacios colaborativos, todo lo comunitario e igualitario que se pueda. Donde podamos debatir y diseñar los dilemas del porvenir como asuntos públicos.

Bibliografía

Brown, Wendy (2020). *En las ruinas del neoliberalismo: el ascenso de las políticas antidemocráticas en Occidente*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Tinta Limón.

Cancela, Ekaitz (4 de enero de 2025). Crítica de la Crítica de redes sociales. *El País*. <https://elpais.com/sociedad/2025-01-05/critica-de-la-critica-de-redes-sociales.html>

Carrión, Jorge (2019). *Contra Amazon*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.

Cole, Teju (2018). *Cosas conocidas y extrañas. Ensayos*. Barcelona: Acantilado.

Ferrer, Isabel (18 de junio de 2023). Geert Lovink, teórico de medios. “Usamos internet para coordinar nuestra vida cotidiana. Y eso es triste, ¿no?”. *El País*. <https://elpais.com/ideas/2023-06-19/geert-lovink-teorico-de-medios-usamos-internet-para-coordinar-nuestra-vida-cotidiana-y-eso-es-triste-no.html>

Ferro, Ulises; Semán, Pablo y Welschiner, Nicolás (2024). Generación pandémica: lazos personales, laborales y políticos en

las nuevas juventudes. *Cuestiones de Sociología*, 29. (e162), 1-27. <https://doi.org/10.24215/23468904e162>

Gago, Verónica (2014). *La razón neoliberal*. Buenos Aires: Tinta Limón.

García Canclini, Néstor (2019). *Ciudadanos reemplazados por algoritmos*. Guadalajara: CALAS/Editorial Universidad de Guadalajara.

Gilbert, Abel (2024). El streaming o la lógica musical del capitalismo financiero. *Nueva Sociedad*, 314.

Lamas, Marta (2020). *Dolor y Política. Sentir, pensar y hablar desde el feminismo*. Ciudad de México: Oceano.

Lins Ribeiro, Gustavo (2018). *Otras globalizaciones*. Ciudad de México: Universidad Autónoma Metropolitana.

Miller, Toby (2021). *A COVID Charter. A Better World*. New Brunswick: Rutgers University Press.

Palomino Gonzales, María Mercedes, Lovón Cueva, Marco Antonio y Arellanos Tafur, Rosario del Carmen (2020). La red sanitaria y su participación en la difusión o contención de las fake news y bulos relacionados con la COVID-19: el caso de Lima-Perú. *Chasqui. Revista Latinoamericana de Comunicación*, 145, 93-118.

Radetich, Natalia (2022a). *Cappitalismo. La uberización del trabajo*. Ciudad de México: Siglo XXI.

Radetich, Natalia (2022b). La smartphonización de la vida social. *Cuestiones de Sociología*, 27 (e148), 1-18. <https://doi.org/10.24215/23468904e148>

Reygadas, Luis (2021). *Otros capitalismos son posibles*. Primera ed. México: Universidad Autónoma Metropolitana.

Rouvroy, Antoinette y Berns, Thomas (2016). Gubernamentabilidad algorítmica y perspectivas de emancipación. ¿La disparidad como condición de individuación a través de la relación? *Adenda Filosófica*, 1, 88-116.

Rueda, Eduardo y Herrera, Diego (2020). Presentación. Comunicación, sociedad y salud en contexto de pandemia. *Revista Chasqui*, 143, 41-45.

Schiffrin, André (2005). *El control de la palabra. Después de “La edición sin editores”*. Barcelona: Anagrama.

Trejo Delarbre, Raúl (2015). México enredado. Auge, ligereza y limitaciones en el uso político de las redes sociodigitales. En Winocur Iparraguirre, Rosalía y José Alberto Sánchez Martínez (coords.), *Redes sociodigitales en México* (pp. 17-39). Ciudad de México: FCE-Conaculta.

Trejo Delarbre, Raúl (2022). *Posverdad, populismo, pandemia*. Ciudad de México: Nexa Sociedad Ciencia y Literatura.